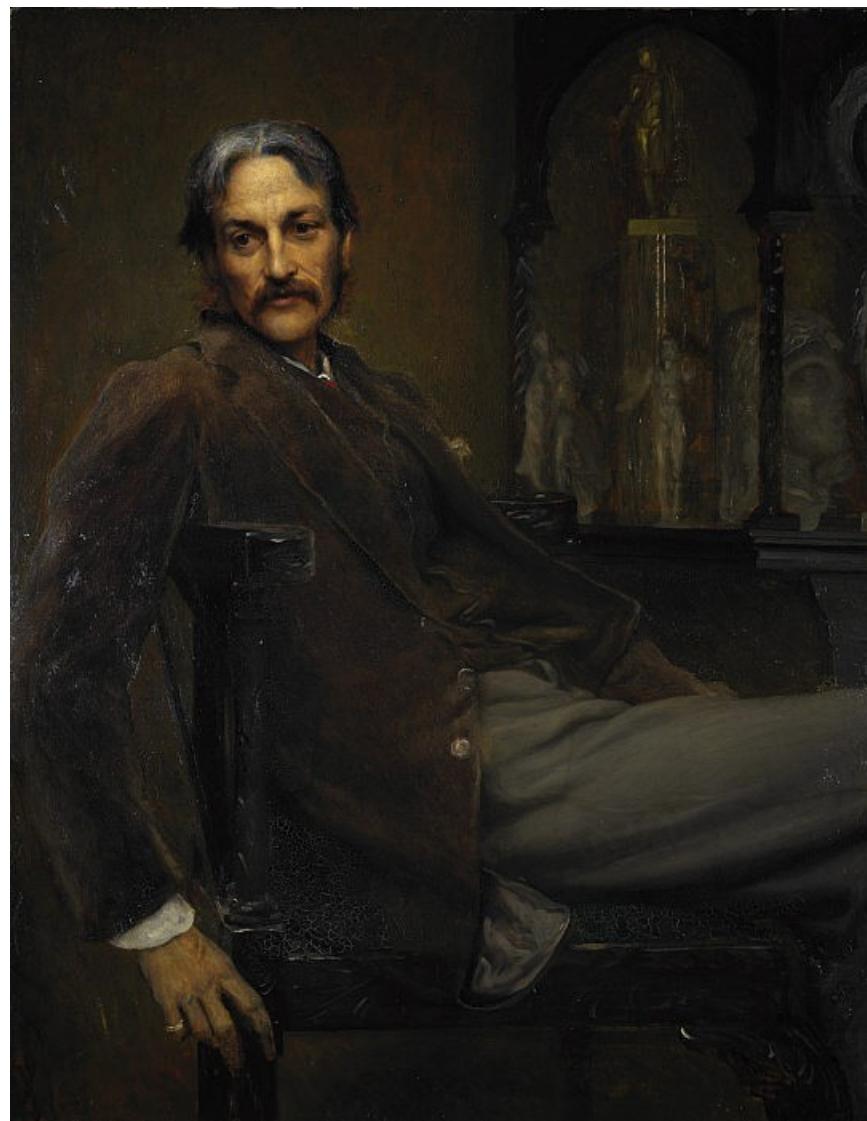




revistacalibre38.wordpress.com



**El caso del misterioso relato perdido de Conan
Doyle (*The Book o' the Brig*)**

**Presentación de los hechos y, por deducción,
formulación de una hipótesis**

Por Juan Mari Barasorda

There are the facts...

No todos los días el lector policial amanece no ya descubriendo una pléyade de novedades literarias que nunca tendrá tiempo de leer, sino ante una noticia que pone en marcha su fiebre detectivesca y genera interés, curiosidad y sorpresa. Una mezcla de todas estas sensaciones me provocó la lectura de un artículo una mañana del mes de marzo. Como con claridad y concisión expone en su blog uno de los mayores expertos españoles en Sherlock Holmes, Alberto López Aroca: “El diario británico *The Telegraph* publicó el día 20 de febrero la noticia del hallazgo de *una historia perdida de Sherlock Holmes de unas 1.300 palabras* descubierta por el citado historiador escocés (Walter Elliot). La noticia se ha extendido como la pólvora por la red de redes y por la prensa británica... Este librito de 48 páginas se publicó con motivo del mercadillo realizado entre los días 10 y 12 de diciembre de 1903 para recaudar fondos para la construcción de un nuevo puente sobre el río Ettrick, pues el anterior se había destruido durante unas riadas en 1902. El motivo por el cual Conan Doyle, que dio un recital durante el mercadillo para contribuir a la causa, se encontraba en Escocia en esos momentos, fue que era candidato unionista para los *Border Burghs* (las ciudades de la frontera) y estaba realizando mítines políticos en las ciudades de Hawick y Galashiels, cerca de Selkirk”.

El artículo ofrecía las deducciones de un *sherlockiano* reconocido, Mattias Boström, deducciones contrarias a la autoría de Conan Doyle del relato: “la historia *Sherlock Holmes: Discovering the Border Burghs and, by deduction, the Brig Bazaar*”, encontrada por el historiador de Selkirk, Walter Elliot, no es obra de Arthur Conan Doyle, sino que en realidad no encontramos ante uno de los muchos pastiches que se escribieron en vida del responsable del Canon Sherlockiano.”

Además el –magnífico– artículo ofrecía en formato digital el texto original en inglés del citado pastiche. El lector que navega por el idioma de Shakespeare de forma harto procelosa no pudo menos que intrigarse y proceder a su lectura. Finalizada la misma, la sensación que tuve aquella mañana fue de absoluta sorpresa: yo reconocía al autor de aquel relato. Por supuesto que no era de Conan Doyle, y no lo era porque para mí su autoría era clara. Por supuesto, mi conclusión primera (el autor no fue Conan Doyle) no era producto de ninguna investigación tan lógica y razonada (deductiva) como la que Mattias Boström realizaba en el blog www.Ihearofsherlock.com y que ha terminado de desarrollar en una posterior entrada con el

título de *The Final Word on the Lost Sherlock Holmes Story*. Fue la mera lectura del relato la que me permitía identificar sin género de duda –por supuesto, en mi nublada mente detectivesca– a su autor. La extraña afición a recopilar información policial y criminal para la elaboración de artículos y para la redacción de una primigenia novela policial me había llevado a conocer y admirar a un autor casi desconocido para los lectores policiales y que, sin embargo, tuvo una vida apasionante y desde luego mucho más relacionada con la vida del propio A. C. Doyle de lo que nadie se pudiera imaginar. Bastaba con hacer dos o tres comprobaciones adicionales e investigar un poco más en su vida para ponerme manos a la obra en la redacción de este artículo, no tanto para desbaratar las conclusiones de Walter Elliot sino para aprovecharlo y dar a conocer a este autor irrepetible.

En primer lugar comparto el análisis de Mattias Boström en el blog antes mencionado donde, con la ironía de señalar los argumentos a favor de la teoría de que el autor fue Conan Doyle, está en realidad apoyando la tesis contraria. Lo que me parece retadora es la afirmación de Mattias Boström de que “muy probablemente el nombre de su verdadero autor permanecerá desconocido”.

Voy a intentar evitarlo.

Elemental

El primero de los argumentos a favor del autor que propondré en este artículo se basa en una, a mi entender, deducción obvia de los hechos que nos ofrecían las noticias sobre el hallazgo –los hallazgos en realidad, ya que ya ha aparecido otro folleto firmado esta vez por Conan Doyle– de Selkirk: Arthur Conan Doyle acudió a la inauguración del nuevo puente de Brig, entonces, ¿podía el propio ayuntamiento de Selkirk editar un folleto (*the bazaar book*) contenido un pastiche, en realidad una parodia, sabiendo que Conan Doyle lo acabaría conociendo? De hecho, el diario local *The Southern Reporter* informó el 17 de diciembre 1903 sobre el discurso de apertura: “Sir Arthur después añade su firma en un número de ejemplares del libro bazar, y estos se venden fácilmente en un mayor precio”. No, era imposible que los promotores de aquella inauguración se arriesgaran a incomodar al propio Conan Doyle, ni por supuesto que el autor firmara alegremente los ejemplares de aquel folleto si el contenido del mismo hubiera sido una sorpresa para él. Luego sólo nos queda una respuesta posible: A. C. Doyle era conocedor de la existencia del relato antes de su llegada a Selkirk. Lo que nos lleva a una nueva pregunta: ¿era conocedor, además, de quién era su autor?

El hecho de que el relato tuviera carácter anónimo no era inusual en los pastiches de la época, pero, como acertadamente nos recuerda Mattias Boström, ello no suponía que sus autores lo pusieran en conocimiento de A. C. Doyle, como sucedió con la parodia escrita de forma anónima por James M. Barrie –el autor de *Peter Pan* y amigo de Doyle– en 1893. Sin embargo, en este caso es difícil –más aún, imposible– pensar en un autor anónimo, ya que la publicidad del relato va unida a la inauguración del mismo Bazar y a su vez el autor supuestamente anónimo sabía que A. C. Doyle acudiría a la inauguración, luego en ningún caso se podía publicar aquel relato sin el consentimiento de Conan Doyle. Y eso nos lleva a otra pregunta: ¿hubiera dado su consentimiento A. C. Doyle a un escritor aficionado, como se sugiere en alguno de los artículos publicados recientemente, cuando él mismo sería el punto de atención de aquel acto público en Selkirk?

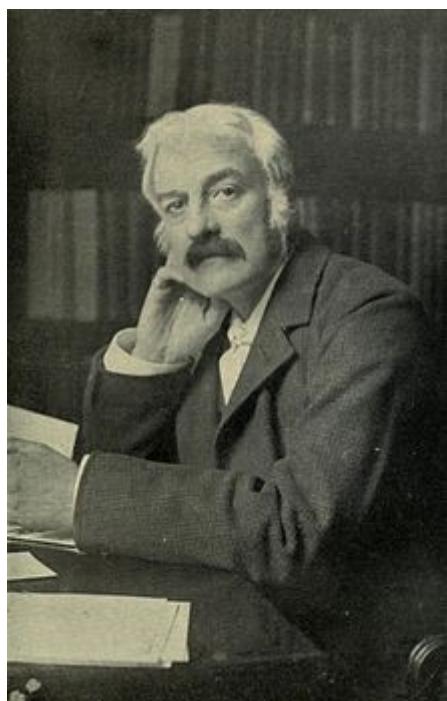
La respuesta a las preguntas anteriores para mí solamente puede ser una y confirma la autoría del relato que vi nítida desde su primera lectura: A. C. Doyle conocía perfectamente al autor de aquel relato y conocía del proceso de su elaboración. Estamos hablando de alguien a quien A. C. Doyle tenía en gran aprecio, no sólo personal sino también literario. Alguien que, incluso, ya había escrito previamente otra “parodia” de Holmes y Watson con el agrado de A. C. Doyle. Puedo conjeturar incluso cómo se produjo la gestación de aquel relato como parte del contenido del *The Book of Bazaar*, aunque dejaré esta conjetura para el final del artículo.

En primer lugar quiero hablar de un autor al que este lector tiene un cariño especial. Un autor que, en mi opinión, merece una consideración especial que el tiempo y la historia de la literatura no han sabido hasta la fecha otorgarle. Alguien que fue amigo de Sir Arthur Conan Doyle y que aconsejó al genial creador de Sherlock Holmes a lo largo de su carrera y quien, además, influyó en su vida y en su personalidad mucho más de lo nadie pudiera imaginarse (respetando por supuesto la omnipresente influencia de su profesor Joseph Bell). Un autor escocés irrepetible, erudito, sagaz, mordaz, lírico, polemista infatigable, caballero, criminólogo... y amigo de A. C. Doyle.

Un niño que creía en hadas

Nuestro hombre nació el 31 de marzo de 1844 en Selkirk, Escocia. Se llamó Andrew Lang y fue el mayor de los ocho hijos de John Lang. Su bisabuelo fue el fiscal de Selkirk y su abuelo primero y su padre después, los oficiales al mando de la oficina judicial de Selkirk, los *Sheriff-Clerk* (hombres siempre vestidos de negro, ayudantes del juez y responsables de recoger las

evidencias de las causas, incluidas las criminales). La especialista en Andrew Lang, Marysa Demoor, en una extraordinaria biografía de Lang, nos cuenta cómo de niño mantenía seis libros abiertos en seis sillas para poder leerlos todos simultáneamente. Quienes le conocieron de joven le recuerdan rodeado de libros siempre. Sus primeras lecturas fueron los cuentos de hadas (*fairy-tales*) y de ellos pasó al mundo de las mil y una noches, aunque pronto también empezó a amar la poesía de Sir Walter Scott. Su primera novela fue *Jane Eyre*, pero fue Charles Dickens con *Mr. Pickwick* quien primero le emocionó. Leyó a los clásicos griegos y latinos, pero en *Aventuras a través de los libros* el propio Lang recuerda también sus lecturas de los mundos artúricos, del grial y de los caballeros de la Tabla Redonda, así como la lectura de Edgar Allan Poe. Solo el críquet y la pesca en los ríos que cruzan los *Borders* podían equipararse a su afición desmedida por la literatura.



Este artículo no pretende ser la biografía de Andrew Lang. Sus años de estudios en la Universidad de Saint Andrews primero y en el *Balliol College* de Oxford después se cuentan por libros devorados, poemas escritos, investigaciones en el mundo de la antropología y sus primeras amistades literarias, como Robert Louis Stevenson (y con él coincide en las lecturas de Gaboriau, el precursor de la novela policial en Francia). En 1875 se casa con Leonora (Nora) Blanche Alleyne, un matrimonio con el que Lang, al parecer, se sintió pronto desencantado. Abandona Oxford y un futuro de docencia por un Londres que odia y la necesidad de vivir del periodismo y de la literatura. Posiblemente Lang quiso ser poeta (amaba la poesía de los prerrafaelitas como Dante Gabriel Rosetti), pero pronto fue consumido por una fiebre en la publicación de artículos periodísticos, muchos de ellos fuente de importantes polémicas (Lang fue el precursor de Chesterton en muchos aspectos, cuando menos como polemista impenitente y articulista infatigable) convirtiéndose en un famoso columnista, y por la publicación de una variada e inagotable producción literaria. Publicó más de un centenar de libros, de la historia de Escocia a la antropología, de deportes a la geografía de los *Borders*, libros de folclore, de poemas, de hadas y de fenómenos psíquicos como la telepatía y el mundo de las médiums y sus bolas de cristal. Fue poeta, profesor de literatura, biógrafo, traductor de clásicos, crítico literario, historiador, experto en

mitología escandinava, investigador de rituales egipcios, parapsicólogo, lector de una editorial, editor y, a la postre, novelista. Todo ello en una sola persona. Posiblemente no hubo en su época intelectual alguno, literato o no, capaz de escribir sobre tantos temas y sobre todos ellos con rigor. Con cierta ironía recoge una reseña dedicada a Lang: “Andrew Lang no existe... es solo un nombre comercial. En realidad Andrew Lang es una sociedad secreta de Kensington compuesta por numerosos escritores que escriben permanentemente para el disfrute de sus lectores...”.

La primera pregunta que el lector intrigado puede hacerse es ¿hay algún rastro en su vasta obra literaria que nos permita acercar a Andrew Lang a la obra policial, a la novela de detectives y, en definitiva, al mundo de la deducción representado por Sherlock Holmes?

Detectives victorianos

Conan Doyle siempre dijo que aunque *Estudio en escarlata* se había publicado en 1887 (tenía entonces 28 años) había terminado la novela en 1886, si bien no encontraba a nadie que quisiera publicarla. Quien sí había publicado –en Inglaterra y en Estados Unidos– su primera novela de detectives en 1886 a la edad de 32 años fue Andrew Lang. Esta novela, hoy olvidada por quienes recuerdan los orígenes de la novela victoriana de detectives, fue *La marca de Caín*. El detective de *La marca de Caín* es Robert Maitland, un académico de sagaz inteligencia educado en Oxford que se enfrenta a un criminal de irresistible maleficencia (Cranley, el aristócrata) ayudado por un amigo, el doctor Frank Barton. Lang no buscó un modelo para su detective de ficción, posiblemente porque él siempre quiso ser criminólogo y detective y Maitland no es sino un reflejo de la personalidad de su creador. Por historia familiar o por las lecturas adolescentes de Dickens, Lang se aventura en una historia de detectives inteligente, salpicada de pequeños aliños de ciencia ficción (una maquina voladora), con un plan criminal construido hábilmente, una descripción procesal exquisita y con un tatuaje como elemento central (la marca del primer asesino de la historia). Lang había publicado por entonces más de veinticinco libros y un innumerable número de artículos. Y sin embargo aquella novela de detectives que tanto gustó al público londinense no tuvo continuación, tal vez porque Lang casó al protagonista con la bella dama (no debemos olvidar que era un romántico).

Puede que esta novela que precedió en un año al *Estudio en Escarlata* sea una sorpresa para muchos, tal vez porque sirvió de ejemplo y modelo a otros victorianos que también quisieron

probar suerte con las historias de detectives y supieron elegir un modelo más atractivo para los lectores que el elegido por Lang.

En 1890 Lang publicó *Viejos amigos. Ensayos en una parodia epistolar*. Una parodia. Un género que siempre fue del gusto de Lang. Los personajes de las lecturas adolescentes de Lang huyen de sus libros: Catherine Morland, la heroína de Jane Austen, vuelve a Rochester, la casa de *Jane Eyre* de Charlotte Brontë. Gaboriau cede a su inspector Lecocq, que arrestará a Mr. Picwick bajo una sagaz investigación del inspector Bucket de *Casa desolada* de Dickens. Suficiente sinopsis para entender al Lang aficionado a los juegos literarios y a las novelas de detectives.

En 1895 es nuevamente Dickens quien mueve la ágil pluma de Lang. Siempre le intrigó *El misterio de Edwin Drood* y sintió la necesidad de investigar literariamente la novela que Dickens dejó sin concluir. Lang, detective aficionado, acepta el reto y escribe la primera de las dos parodias en las que Sherlock Holmes y el doctor Watson desentrañan la solución del misterio en *Sherlock Holmes encuentra a Edwin Drood* (septiembre de 1895, *Longman's Magazine*). El relato –la parodia– comienza con una pregunta de Watson a Holmes que en realidad pudiera haber realizado el propio Lang: “¿Aplicó usted sus increíbles facultades de análisis para desentrañar alguno de los misterios de la historia aún sin resolver?” La respuesta de Holmes es preguntar a Watson si se refiere a misterios como la identidad del hombre de la máscara de hierro –uno de los trabajos de investigación publicados por Andrew Lang precisamente– para añadir “No, nunca los he analizado, no reportan dinero... y además nunca se obtendrá la evidencia absoluta”. Puede que de forma sibilina –o no tanto– Lang estuviera defendiendo su literatura frente a un Conan Doyle amado por el gran público que le pedía una y otra vez nuevas aventuras de Sherlock Holmes. En todo caso, palabras premonitorias para quien ahora redacta el presente artículo.

En 1902 publica *Los desenredadores (The Disentanglers)*, su segunda novela de detectives. El famoso crítico W. L. Alden publicó en el *New York Times* que no tenía ni una sola página que no fuera deliciosa y añade “... hace tiempo se oía el rumor de que Mr. Lang no era una persona sino un sindicato de autores. Aunque hay gente que hoy día esta obstinada en la no existencia de Mr. Lang, yo creo firmemente en él como en mí mismo. Es una creencia fundada no sólo en la razón sino también en la fe. Mr. Lang es una necesidad, y si no existiera sería necesario que alguien lo inventara. Todos los que hayan leído *Los desenredadores* –y serán pocos los hombres y mujeres inteligentes que no lo hayan hecho– sabrán que esta novela no la puede escribir un sindicato. Se trata de una novela capital, y sin duda una de las mejores, si no

la mejor, de todo el año". En ella, dos jóvenes, Merton y Logan, crean una agencia de detectives para "desenredar" problemas de matrimonios enredados (hay que recordar que Lang no fue muy feliz en el suyo). Un excelente sentido del humor, la aparición de inventos (submarinos), enredos, un análisis de las relaciones sociales en cada una de las aventuras (la última de las cuales fue calificada en *Ellery Queen's Mystery Magazine* como uno de los mejores relatos cortos policiales) conforman una novela de detectives irrepetible.

Lang no escribió más novelas de detectives. Volvió a la parodia nuevamente con Holmes y Watson investigando el misterio de Edwin Drood (*Holmes investiga el misterio de Edwin Drood* en su columna *At the sign of the ship* en el *Longmans Magazine* en 1905) y su investigación definitiva sobre el libro de Dickens (*El puzzle del último misterio de Dickens*, 1905). Y redobló sus esfuerzos en desentrañar los misterios criminales de la historia no resueltos (*La tragedia del Valet y otras historias* en 1903 y *Misterios históricos* en 1905). Juana de Arco, el hombre de la máscara de hierro, Caspar Hauser, el caballero de Eon y el propio Shakespeare fueron investigados por Lang el criminólogo, el descendiente de varias generaciones de oficiales judiciales de Selkirk.

Cuando Lang encontró a Conan Doyle

Lang siguió por convencimiento propio una senda muy distinta a la que siguió A. C. Doyle y, sin embargo, sus caminos se cruzaron mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar. Doyle había publicado únicamente su *Estudio en escarlata*, pero buscaba publicar una novela ajena a Sherlock Holmes. Esta novela era *Micah Clarke*, en la que parecía no hubiera ningún editor interesado (la remitió a seis editoriales sin ningún resultado). Era noviembre de 1888 y A. C. Doyle queda para comer en el *Savile Club* con Andrew Lang, el lector de *Longmans and Green* que puede aprobar la publicación de su novela y escocés como él. Empiezan –es una suposición– hablando de Shakespeare y del mundo de las hadas. Lang había publicado en 1884 *La princesa nadie*, uno de sus primeros trabajos en el folclore del mundo de hadas en el que vivió sumergido en su niñez en los *Borders* escoceses, una recreación de *En el país de las hadas* (1870), un maravilloso libro de ilustraciones de Richard Doyle, tío ya fallecido de A. C. Doyle. Richard, el tío de A. C. Doyle, así como su padre Charles Altamont Doyle, habían sido unos grandes ilustradores de los cuentos de hadas victorianos. Ambos escritores tenían mucho en común. De las hadas pasaron con facilidad –otra suposición– a hablar de la investigación psíquica y del mundo de los médiums. En los relatos de Kipling eran las hadas quienes

actuaban como médiums para que los niños tuvieran visiones. Fue tal vez el momento en que Lang causó una mayor impresión en A. C. Doyle. Lang había sido uno de los fundadores de la *Society for Physical Research*, la *Sociedad para la Investigación de los Fenómenos Psíquicos* en 1882 (sociedad en la que A. C. Doyle no ingresó hasta 1893 gracias, entre otros, a su amigo Lang). La introducción de Lang al trabajo de Thomas Northcote (Lang fue su mentor) sobre las médiums y la adivinación a través de las bolas de cristal (*Crystal Gazing*, 1905) es un compendio de sus investigaciones en el mundo de los fenómenos psíquicos. Lang fue en este campo, como en el de las hadas, una referencia permanente para A. C. Doyle. Los trabajos de Lang, con sus referencias al mesmerismo (sin duda la lectura de las obras de Dickens le condujeron a este mundo, pero no sólo, también la investigación de los rituales egipcios en el *Eothen* de Kingsley) y a los experimentos de diferentes médiums (una de ellas Miss X) abrieron una senda que A. C. Doyle empezó a recorrer solo después de conocer a Andrew Lang.

Tras aquella comida, *Longmans* publicó *Micah Clarke* en 1889. Una magnífica crítica de Lang de la obra de A. C. Doyle en su columna semanal lo encumbró como escritor de calidad. Pero ahí no acabó el apoyo de Lang a un detective que alcanzó el éxito que su propia creación no obtuvo. La publicación de Sherlock Holmes en Estados Unidos tiene su origen en una visita del editor Samuel Sidney McClure a la casa de St. Andrews de Andrew Lang en 1889. Lang le informa de que acaban de publicar *Micah Clarke* en Longmans, y le recomienda la lectura de *Estudio en escarlata* para que lo publique en su país. Además fue Lang quien consiguió que *Longmans* publicase las reediciones de las novelas de Sherlock Holmes en su serie *Colonial Library* con unas tiradas espectaculares.

Andrew Lang nunca dejó de ser amigo de A. C. Doyle y, además, fue su mentor literario y compañero de aventuras en el mundo fantástico de las hadas y en la investigación de los fenómenos psíquicos. Compartían aficiones como el críquet, amigos comunes como J. M. Barrie o W. E. Hornung (el creador de Raffles, el ladrón de guante blanco) y posiblemente una afición común en el mundo de la criminología que les llevó a compartir investigaciones y deducciones como detectives aficionados mucho más allá de lo que habitualmente las biografías de A. C. Doyle nos tienen acostumbrados a leer. Un ejemplo es conocido como *El caso inmortal de Sir Arthur Conan Doyle: Oscar Slater*. En 1909 Oscar Slater había sido condenado a muerte por el asesinato de Marion Gilchrist. Su caso fue uno de los mayores errores judiciales de la historia de Inglaterra. Aparentemente fueron Sir Arthur Conan Doyle y William Roughead, el gran criminalista escocés, quienes realizaron su propia investigación de

los hechos y, tras percatarse del grave error judicial, movieron a la opinión pública hasta que consiguieron en 1927 que la justicia reconociera su error y pusiera en libertad a Oscar Slater. Pero la historia se olvida de que una de las personas que más insistió en pedir la libertad de Oscar Slater, tal vez por ser un gran criminalista aficionado, tal vez por su íntima amistad con William Roughead con el que compartía investigaciones criminológicas y al que dejó sin elaborar el prólogo de uno de sus libros de investigación por su repentina muerte en 1912, fue Andrew Lang. Todavía hoy encontramos en internet viejos periódicos que nos recuerdan las reivindicaciones de A. Lang paralelas a las del propio A. C. Doyle.

By deduction

Tanta amistad. Tantos puntos en común. La pregunta es, ¿las anteriores reflexiones nos pueden llevar “por deducción” a que fue Andrew Lang el autor de la parodia contenida en *The Book o' the Brig*? Tal vez nos falte simplemente hacer un poco de uso de nuestra “facultad de la imaginación”.

Un joven de Selkirk vive entre libros día tras día. Entre hadas y caballeros medievales. Entre el *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare y las historias de Charles Dickens. Y su mayor afición es la pesca. Salir de su casa con su caña y dirigirse al río buscando una trucha esquiva pero tal vez más, un arco iris tras la última lluvia del día, el rumor del agua, la mágica presencia del hada, una puesta de sol entre las montañas, la felicidad... ¿Existió este joven? Tal vez sí. Me permito la licencia de transcribir en su idioma un poema de Andrew Lang:

A Sunset on Yarrow

The wind and the day had lived together,
They died together, and far away
Spoke farewell in the sultry weather,
Out of the sunset, over the heather,
The dying wind and the dying day.

Far in the south, the summer levin
Flushed, a flame in the grey soft air:
We seemed to look on the hills of heaven;

You saw within, but to me 'twas given
To see your face, as an angel's, there.

Never again, ah surely never
Shall we wait and watch, where of old we stood,
The low good-night of the hill and the river,
The faint light fade, and the wan stars quiver,
Twain grown one in the solitude.

El río Yarrow desemboca a su vez en el río Ettrick, cerca de Selkirk, y discurre hasta alcanzar el valle de Ettrick. Tal vez algún día pueda visitar las tierras de Escocia (Selkirk, St. Andrews, Edimburgo...) pero tendré que confiar en la “facultad de la imaginación” e imaginar el lugar. Creo que Andrew Lang tuvo que amar el puente sobre el río Ettrick tanto como amó aquel río. Lo cruzaba casi a diario buscando el sendero de la felicidad en la hora mágica del atardecer en la que los sueños se convierten en realidad.



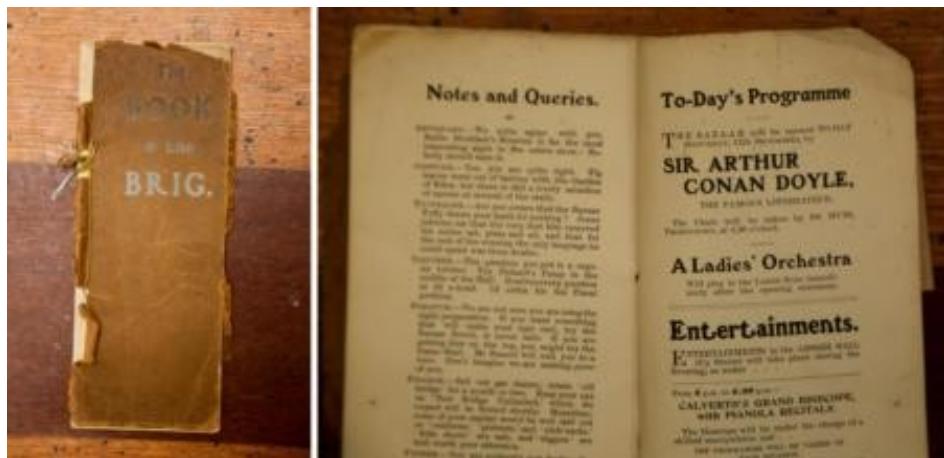
Es fácil imaginar a Andrew Lang poniendo todos sus recursos literarios a la edición de *The Book o' the Brig*. A finales de 1903 estaba en lo más alto de su consideración como escritor reconocido. ¿Quién sino él pudo ser el mejor colaborador en la edición de *The Book o' the Brig*? Por su personalidad consideró lo más oportuno mantenerse en el anonimato. Sin embargo, si examinamos el contenido de *The Book o' the Brig* (y sólo puedo examinar lo que la prensa ha tenido a bien publicar) vemos la pluma de Andrew Lang por cada esquina. Hay varios poemas (uno de ellos titulado *Yarrow* del que no puedo hacer una comparación con *The Sunset of Yarrow*). Otro es *The Two Brigs*, puede que refiriéndose al puente sobre el río Yarrow (*General's Brig*) además de al puente sobre Ettrick Water. Y hay un artículo sobre el folclore y los caminos de Selkirk (*An incomer's Views: Selkirk, Selkirk Folk. Selkirk Ways*), un tema del que nadie podía conocer más que Andrew Lang (*Highways and Biways of the Borders*, 1912). No sólo eso. En el apartado de *Notable Interviews* son tres las que contiene el folleto: 1) Sir Walter Scott 2) Mungo Park 3) Sherlock Holmes. Andrew Lang fue un especialista en Sir Walter Scott, que fue *sheriff* de Selkirkshire (*Sir Walter Scott and The Border Minstresly*) y en Mungo Park, natural de Selkirkshire, el explorador de tierras africanas cuya vida recuerda en *Myth, Ritual and Religion*. Entonces, si los entrevistados son prohombres de Selkirkshire, ¿por qué la tercera entrevista se realiza a Sherlock Holmes, un personaje de ficción que además no es natural de Selkirk? Tal vez tengamos la respuesta, aunque procede esperar al último capítulo como en las buenas novelas policiales.

Corresponde analizar aquellos extremos del relato atribuido a Arthur Conan Doyle que difícilmente podemos atribuir a la pluma de A. C. Doyle, aquellas referencias en las que, por ejemplo, Mattias Boström considera imposible encontrar la huella de A. C. Doyle.

Analicemos el relato: *Sherlock Holmes: Discovering the Border Burghs and, by deduction, the Brig Bazaar* ([disponible en la web de The Telegraph](#)). Son cuatro los protagonistas de la historia: un reportero, un editor, Holmes y Watson. Omitamos ahora su transcripción –ya está en la red de redes– para no aburrir a los lectores. Pero a cambio veamos si esas “extrañas referencias” en la pluma de Doyle encajan por el contrario con milimétrica exactitud en la pluma de Andrew Lang.

“Tenemos ya suficiente de viejos romancistas y hombres de viaje, dice el editor”. Experto en viejos romancistas desde su juventud fue Andrew Lang (y Walter Scott lo fue, el primero de los entrevistados), y viajero lo fue Mungo Park (la segunda entrevista). Fácil por ahora, solo que quien escribió la tercera entrevista tenía que conocer previamente el contenido de las primeras y obviamente fue el mismo redactor. Pero, ¿quién es el editor? El reportero critica a

su editor por pedirle una entrevista a *The Man in the Moon*, que no es sino Conan Doyle en la obra teatral de Broadway en 1902, donde era interpretado por Sam Bernard. Cuando el reportero entiende que debe ir a Londres, “el Gran Hombre”, el editor, le reprende. ¿Y quién es el Gran Hombre? No puede ser otro sino Thomas Longman, el editor de *Longmans Magazine*, jefe de Andrew Lang y gran amigo de este, al que A. Lang recordó como “my friend of these days and of all, the days”.



The Faculty of Imagination

La entrevista debe hacerse sin ir a Londres, a través de la *Facultad de Imaginación* (*Faculty of Imagination*), un medio para trasladarse en el tiempo y en el espacio y entrevistar a otras personas incluso sin su conocimiento. Estar presentes donde ellos están o atraerlos como entes incorpóreos a la presencia del reportero. Entes incorpóreos, ectoplasmas, fantasmas... aunque lo sean de personajes de ficción. Todas las teorías del *Crystal Gaze* de Andrew Lang se resumen en esa propuesta. Sin embargo hay más. En *Latest Essays* Lang se refiere expresamente a la *Faculty of Imagination* que muy pocos humanos poseen. Es, por tanto, un término acuñado por Lang.

El reportero utiliza la casa familiar de Sloan Street como “bola de cristal” para imaginar la presencia de Holmes y Watson. Obviamente no es la residencia de Holmes en Baker Street. Ya hay quien propone que puede ser una Sloan Street que hay en Edimburgo. Sin embargo, Andrew Lang abandonó su residencia de Kensington en aquel Londres odiado para volver a vivir a Escocia en St. Andrews en Alleyne House, la casa familiar de la mujer de Lang, Nora Blanche Alleyne, una casa que pudo haber estado situada en la calle Sloan de Saint Andrews

que sí existió. No conozco las calles de Saint Andrews, una ciudad que entra en mis sueños conocer algún día, por lo que es sólo una conjetura nacida de mi “facultad de imaginar”.

La conversación entre Holmes y Watson sobre Proteccionismo y Liberalismo no es sino uno de los muchos debates en los que el polemista A. Lang intervino en la prensa de la época. Bucear en aquellos debates parecía tarea ardua y poco gratificante, sin embargo, solo unas líneas más abajo, el relato emplea una expresión difícil de ser utilizada o reconocida siquiera, por más de un escritor salvo el propio autor del relato. Holmes recuerda a Watson que ha usado recientemente una referencia al término “Huz and Mainchester”, palabra que al propio Holmes causó extrañeza y le obligó a buscar entre muchísimos autores hasta que descubrió en un pequeño periódico provincial dicha expresión describiendo el modo en que la gente de Hawick veía el proceso de la Reforma. Esta alusión sí excitó mi vena investigadora. En ella podía estar la clave de la autoría del relato.

El resultado de las pesquisas fue un pequeño periódico editado en los *Borders*, *The Border Magazine*. Este periódico local de los Bordershire fue editado en Galashiels en la época de la inauguración del puente. El editor respondía al nombre de sir William Sanderson y su redactor principal era un tal Nicholas Dickson. En un artículo llamado *A train view of the Borderland* aparece Hawick, una ciudad cercana a Selkirk, y cuando el tren tras pasar por Selkirk llega a Hawick y se describen sus jardines y sus gentes es cuando aparece el término “Huz and Mainchester”. El periódico local que tanto tardó en encontrar Holmes se abría en la pantalla de mi ordenador con la palabra mágica que podía desentrañar el misterio. Unas iniciales firmaban el artículo. En nada ayudaba. Pero sí podía ayudar conocer a su editor: Sir William Sanderson. Claro que Sir William Sanderson, historiador de Escocia y biógrafo de Mary, reina de Escocia, había muerto en 1676 y difícilmente podía haber editado un periódico local en 1903. Curioso que sí se relataba su vida en uno de los trabajos de investigación de misterios de la historia acometidos por Andrew Lang. Mi mente detectivesca comenzó a activarse. Nicholas Dickson era el siguiente hombre. Responsable del *The Border Magazine* y prácticamente desconocido salvo porque fue nombrado presidente honorario de la Sociedad literaria de los *Borders* de Glasgow y editor a la vez del *The Border Magazine* de Glasgow. Puede que, por fin, alguien real. Un editorial del *The Border Magazine* resulta esclarecedor: pide a los *borders* que en verano vuelven a sus casas familiares recopilen las viejas costumbres de sus pueblos mientras están frescas en la memoria para que no se pierda el folclore de los *Borders*. Parece que nuevamente la sombra de Andrew Lang se encuentra tras la línea editorial de *The Border Magazine*. Pero su nombre no aparece nunca entre los autores que aportan artículos, historias

de ríos y ciudades, viejas baladas, cuentos de hadas, canciones de pescadores, parodias, reseñas históricas, biografías... todo el bagaje literario que identificó a Andrew Lang, y sin embargo son otros los autores de los artículos quienes le mencionan a él y a sus trabajos e incluso recuerdan el aniversario del fallecimiento del padre y la madre de A. Lang, ocurridos con solo dos días de diferencia en 1869 y detallan hasta la situación de la tumba en la que fueron enterrados juntos en el cementerio de Selkirk. Es sorprendente tal detalle en la pluma de una persona que no sea el propio hijo que tanto los amó, y más cuando el recuerdo tiene lugar treinta y cinco años después de aquel suceso. Las certezas del lector se incrementan. Es necesario conocer los posibles vínculos de Andrew Lang con aquellos anónimos redactores. El primero en ser elegido es Dominie Sampson, profuso redactor del *The Border Magazine*. Y el elegido resulta ser un personaje de ficción. La luz se hace rápidamente: Dominie Sampson es el maestro de escuela que aparece en la obra *Guy Mannering* de Sir Walter Scott, el *sheriff* de los *Borders* y escritor adorado por Andrew Lang. Sampson es un experto en los clásicos que, sin embargo, ha naufragado en el viaje de la vida. Sin duda el álder ego de Andrew Lang.

El lector, que sigue haciendo uso de su Facultad de Imaginación, hilvana de forma sencilla sus conjeturas. Acude a un segundo nombre: Duncan Fraser. Duncan Fraser aporta al *The Border Magazine* la faceta más folclorista, sobre todo viejas canciones de pescadores. Precisamente son dos de las aficiones de Andrew Lang: la pesca y el folclore. Pero, ¿quién fue Duncan Fraser? El lector descubre que Duncan Fraser escribe también libros sobre la Historia de Roma, o libros de duendes (*The smugglers*) y cuentos de hadas (*Glen of the Rowan trees*)... Es a todas luces un especialista en las mismas materias que el propio Andrew Lang. Curioso. Y la misma afición por la pesca también. Duncan Fraser escribió un bello libro de pesca como regalo del “presidente del club de pesca de los sábados de Edimburgo” a sus amigos (uno de ellos llamado Dominie) con los que pasa fines de semana de pesca. Este libro se llama *Riverside rambles of an Edinburgh angler (Angling-sketches)*. En uno de sus capítulos (*Over the hills to Yarrow*) describe un paseo junto al río en el que descubre Traquair House y esta es la visión de su entrada : “... see the old iron gate... and the huge Bawardian bears on each side of it...”. Andrew Lang en *Selected works* narra su recuerdo de Traquair House junto al Yarrow: “...Traquair House, with the bears on its gates, as on the portal of the Baron of Bawardians...”. ¿Dos pescadores con los mismos recuerdos o una misma persona? Más sospechoso todavía cuando una de las obras de Andrew Lang se llama *Angling Sketches* (1891).

El lector ya ha tenido ocasión de desentrañar la historia de otro diario en el cual, bajo nombres ficticios, se escondía un poeta de imaginación desbordante ([que puede leerse en este enlace](#)). La conjetura es que Lang utilizó distintos seudónimos para colaborar en aquel diario local a fin de evitar que fuera interpretado como el diario individual de un megalómano. Y la conclusión de que la frase “Huz an Mainchester” volvía a señalar a Lang.

El relato de *The Book o' the brig* continua. Holmes le recuerda a Watson cantando una canción del dios Thor. *Teribus* (Thor) es la única melodía que cualquier ciudadano de Hawick reconocería en cuanto la oyera tocada por la banda de gaiteros de Hawick. Nuevamente aparece Lang, el especialista en mitología nórdica. Y otra canción, *Braw, braw lads*, una balada que Watson pide cantar a una amiga mutua y que remite a otra ciudad de los *Borders*, Galashiels, y que está recogida en el libro *Poems and songs* de A. Lang (“*Braw lads o'Gala Water*”, Gala Water, un cristalino río truchero junto a Selkirk). Holmes también oye tararear a Watson una bella melodía, *The flowers of the forest* y es “una autoridad” en el tema quien relaciona dicha melodía con Selkirk, una melodía recogida en un poema de Sir Walter Scott que enlaza con la historia de la batalla de Flodden Field... Una batalla que Holmes también descubre que suscita el entusiasmo de Watson, una batalla descrita en numerosas de las obras de A. Lang. El lector ya ha realizado todas las deducciones, de la misma manera que Holmes tiene claro adónde ha de viajar Watson: a los *Borders*. Además, Watson reconoce que tiene el compromiso de inaugurar una venta benéfica y Holmes sabe que es “en beneficio de un puente” porque Watson le ha pedido recientemente un libro de Macaulay sobre los “Cantos populares de la Antigua Roma”, y cuando Watson lo devuelve aparece señalada una estrofa que hace referencia a un puente. Holmes realiza una deducción magistral y este lector vuelve a constatar la presencia de Andrew Lang, experto en la obra literaria de Macaulay.

The Divine amateur

Todas las referencias de *The Book o' the Brig* señalan a un erudito y a un erudito en temas variados, y todas (más de diez) señalan inequívocamente a Andrew Lang. Lang que fue conocido como “the master of many tongues and themes”. G. Bernard Shaw llegó a decir que “el día resulta vacío hasta que aparece un artículo de Andrew Lang”. Lang, de quien su biógrafo Roger Lancelyn Green nos recuerda cómo fue calificado en su época como “el amateur divino” (*the divine amateur*) nada más y nada menos que por el propio Oscar Wilde, capaz de pasar horas solitarias en su despacho, como de escribir a cuatro manos con escritores

como H. Rider Haggard (*El deseo del mundo*), otro de sus grandes amigos (como R. L. Stevenson, como A. C. Doyle). Gran deportista. Hombre de una ironía y sentido del humor exquisitos, capaz de divertirse con parodias intelectuales que sus amigos seguían a duras penas. Amigos a los que cuidaba con singular cariño. A H. Rider Haggard le escribió: “Estoy infinitamente más ansioso de tu éxito que del mío propio, el cual no me excita en absoluto”. A cambio, R. L. Stevenson le recordó en una elegía extraordinaria y le llamó “el hombre del pelo atigrado” (blancos cabellos, negro bigote) y Haggard “el más perfecto caballero”, lo que nos puede llevar a pensar si no fue Lang a la postre –teniendo en cuenta que fue un gran jugador de críquet– el verdadero modelo del Raffles de W. H. Hornung en lugar de George Ives como ha señalado la historia. Hasta Borges dijo de él que si tuviera que hacer una lista de sus amigos incluiría además de a sus amigos reales a Andrew Lang. Odiado por unos y querido por otros. Un hombre que se identificaba a sí mismo como un maestro fracasado y que decía: “mi mente es divertida, pero mi alma es melancólica”. Un hombre tímido que vivía en sus fantasías.

Más misterios

Si una de las fantasías de Lang fue escribir historias de detectives lo consiguió, aunque no hayan quedado reconocidas por los aficionados a la literatura policial. Si otra fue que A. C. Doyle lograra un éxito imperecedero lo consiguió igualmente. Es fácil suponer –por deducción– que A. C. Doyle permitiera a Lang realizar una parodia de Holmes para el Bazar con ocasión de la inauguración del puente. Como el propio Lang decía, es difícil probar las investigaciones sobre hechos históricos. ¿Caben otras posibilidades? Tal vez, aunque este lector está convencido de que el relato cobra sentido si Lang es uno de los protagonistas. De hecho él representa al reportero (su jefe es Longman), a la persona capaz de imaginar una fantasía telepática. Entonces, ¿a quién representa Watson? Watson reconoce que ha sido invitado para inaugurar el puente de Selkirk, pero ya sabemos quién fue el invitado para dicha inauguración: A. C. Doyle. Entonces podemos concluir que en esta parodia Watson representa a Conan Doyle, quien no era un experto en absoluto en los temas mencionados en el relato. Entonces Lang tendría dos papeles: sería el reportero y a su vez sería Holmes. ¿O no? ¿Había otra persona que podía disponer de los mismos conocimientos de la obra de Lang que no fuera el propio Lang? ¿Alguien con capacidad literaria, alguien a quien también Doyle hubiera podido autorizar a escribir una parodia sobre Holmes? Tal vez Doyle, siempre tan galante con

las mujeres, hubiera cedido a una sugerencia femenina, una mujer a la que conocía, una mujer a la que Watson-Doyle pidió un día que le cantara una canción del folclore de los *Borders*.



Tower Street, Selkirk.

Leonora (Nora) Blanche Alleyne fue la mujer a la que tal vez nunca llegó Lang a amar. Nora fue quien estuvo en realidad detrás de la obra más conocida de Andrew Lang, *Los doce libros de colores de los Cuentos de Hadas* (*The coloured Fairy Books*), y la razón por la que muchos críticos opinan que A. Lang no resultó a la postre conocido por las obras que escribió sino por las que “no escribió” (o cuando menos no escribió en solitario). Culta, dominadora del francés, del italiano y del alemán. Inteligente. Viajera por toda Europa junto a su marido recogiendo todas las historias del folclore, canciones, baladas y leyendas. Amiga de escritores como Henry James. Una intelectual cuya calidad literaria fue reconocida en su tiempo pero a la que A. Lang no incluía como autora de aquellos libros que tanta fama le dieron, tal vez por consejo de su editor. Se sabe que esta falta de reconocimiento literario desagradaba a Nora profundamente y afectó a la relación entre ambos. Una mujer que al final de aquel matrimonio vivió alejada de Andrew Lang, no solo físicamente durante largas temporadas sino también en su corazón (la lectura de las cartas que hasta por tres veces al día A. Lang escribía a una amiga revelan este distanciamiento, incluso aventuran algún “enredo” familiar. Y una confesión íntima de Lang: que siempre estuvo seducido por los métodos deductivos de Sherlock Holmes). Sin embargo no es imposible –en 1903 por lo menos– que, aunque A. Lang fuera el

redactor, la idea de la trama surgiera de ella como un reto, un juego, o que el relato lo redactaran, como muchos de sus libros, a cuatro manos. Incluso puede que fuera el propio A. C. Doyle quien en una reunión con el matrimonio sugiriera, ante la solicitud de autorización de Lang, que fuera Nora la redactora. Esta es, al modesto criterio de este lector, la única alternativa a que fuera A. Lang su redactor: que lo fueran A. Lang y Nora Blanche Alleyne. De hecho, A. Lang reconoció su paternidad en otras parodias sobre Holmes pero no en esta. Claro que el uso de la “facultad de la Imaginación” no me ha permitido alcanzar la prueba de esta conjeta, cuando menos por ahora. La voluntaria omisión en el relato a los cuentos de hadas, materia está en la que sin duda Nora Blanche Alleyne era la gran especialista de la pareja, y por tanto la voluntad de no dejar rastros sobre su papel en la elaboración de la parodia podría ser una pista. Y la mención a la casa familiar, si al final Alleyne House estaba afincada en la calle Sloan de St. Andrews, podría ser un desliz de la redactora ya que se trataba de la casa de sus padres. Pero este artículo –muy pesado ya a estas alturas por lo que pido disculpas– no ha sido sino un divertimento de un lector policial apasionado por la investigación. Andrew Lang es, según mis deducciones, el autor posible del misterioso relato atribuido a Conan Doyle hallado en Selkirk. Si la gente de Selkirk recuerda que en aquel Bazar se decía que fue Conan Doyle el autor, no hay maldad alguna en ello. Es normal que en aquel día todo los presentes –incluidos casi seguro el matrimonio Lang– hablaran profusamente de la autoría de A. C. Doyle de aquel relato. Puede que incluso estos comentarios causaran gran regocijo –íntimo por supuesto– en alguno de los asistentes al evento.

Surge el crimen

Investigar, conjeturar, deducir. En estas actividades quasi detectivescas está la diversión de la mente, como diría Lang. Solo que como Holmes expresa en este relato: “... cuando un hombre se concentra en cierto tema, el crimen surge en algún momento”. Y esta afirmación me lleva a otra investigación. De la lectura de las cartas de Lang he descubierto la existencia de una carta remitida por Nora Blanche Allyane el 10 de agosto de 1912 a William Roughead, el famoso criminólogo amigo de Andrew Lang, explicándole que le remite determinadas cosas (*things*) encontradas entre los papeles de su marido antes de que este los arrojara al fuego y que pueden resultar de su interés. ¿Qué le pudo remitir Nora Blanche a William Roughead con tanto secretismo? No pudo ser el prólogo a su última obra, prólogo que Lang le había prometido,

dado que fue el propio Roughead el que señaló que su obra no lo incluía por el fallecimiento de Lang. No debían ser investigaciones sobre el caso Oscar Slater porque el propio Roughead lideraba aquella investigación. Y sin embargo Lang, el criminólogo aficionado, aquel al que los misterios irresolutos de la historia tanto intrigaban, tanto excitaban, que le llevaban a acometer largas investigaciones en busca de una deducción, de una conjeta, había recopilado “algo”. Y ¿qué “cosas” mas allá de unas notas pudo tener guardadas –¿escondidas?– y ser además objeto de análisis o preocupación para su mujer como para que esta pusiera aquellas “cosas” en manos de un eminente criminólogo? Andrew Lang, el criminólogo y detective aficionado vivió en Londres el mayor misterio criminal de la historia: los crímenes de Jack el Destripador. Hasta Conan Doyle –solo o en compañía de Joseph Bell– los investigó. Y fueron investigados también por los miembros de *Our Society*, también conocida como *The Crimes Club*. *The Crimes Club* fue fundada en 1903 por H. B. Irving, una sociedad de detectives aficionados en la que William Roughead lideró a un grupo de escritores que, siguiendo la senda de *Tres asesinatos memorables* –la novela basada en hechos reales escrita por Thomas de Quincey (sí, el del *Asesinato considerado como una de las bellas artes*)– dedicaban sus esfuerzos a la investigación de crímenes reales. Uno de ellos fue A. Conan Doyle; otros miembros fueron W. H. Hornung o A. E. W. Mason (otro excelsa creador de detectives de ficción: el inspector Hanaud de *At the Villa Rose*) y posiblemente Andrew Lang. Pero, ¿pudo Andrew Lang realizar su propia investigación sobre los asesinatos de Jack el Destripador? Un Andrew Lang que llegó a ser señalado por Sir Charles Warren como inductor a los asesinatos de Withechapel por sus encendidos elogios de la obra de R. L. Stevenson *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* en un artículo que todo Londres comentó (una reseña excepcional publicada en *The Saturday Review* el 9 de enero de 1886 y que este lector ha leído con gran placer). Es posible que esta referencia lleve a incluir a Andrew Lang en el largo e incongruente repertorio de los sospechosos de ser en realidad el Destripador, aunque este lector prefiere pensar que, en realidad, Lang el criminólogo aficionado realizó una investigación de la que se derivaba un sospechoso que o bien no podía probar o bien era alguien demasiado importante. Este misterio será abordado, si la facultad de imaginación me lo permite, en una futura investigación.

Un buen whisky... escocés, por supuesto

Fin del artículo. Pido disculpas a quienes consideren que no he aportado ninguna deducción con rigor para poner en cuestión la autoría por A. C. Doyle del relato anónimo incluido el folleto del Gran Bazaar de Selkirk. Incluso a quienes descartando la autoría de Doyle entiendan que no se ha aportado ninguna prueba de fundamento en favor de que el autor fue Andrew Lang, y menos aún, por supuesto, en la hipótesis de que lo redactara a cuatro manos con Nora Blanche Alleyne o fuera ella individualmente. Creo que tanto Andrew Lang como Leonora Blanche Alleyne son merecedores por sí mismos, y por distintas razones, del reconocimiento por su labor literaria. En el caso de Andrew Lang existe una producción detectivesca que fue eclipsada por el trabajo de un amigo suyo, un Arthur Conan Doyle que ha pasado —merecidamente— a la historia de la novela policial y al corazón de sus muchos, muchísimos —yo incluido— seguidores de sus aventuras. Esa es la historia. Estos son los hechos (“There are the facts”, un término usado por Andrew Lang en sus investigaciones como criminólogo aficionado). Pero espero que este artículo, esta hipótesis alcanzada “por deducción”, sirva cuando menos para conocer la historia de un gran escritor oculta entre las páginas de la historia.

Satisfecho por el empeño me sirvo un whisky y me siento en el sofá intentando imaginar aquel increíble mundo victoriano surcado por criminales, detectives y grandes escritores. Una época irrepetible de la historia. Una voz a mi derecha me susurra:

—Espero que sea escocés.

Miro y veo sentado junto a mí a un hombre de mirada cansada, pelo cano y un bigote extrañamente negro. R. L. Stevenson tenía razón. Sonríe. Está impecablemente vestido, con una flor prendida en el ojal y un bastón negro en el que brilla una empuñadura nacarada.

—Lo es, por supuesto. De malta —respondo—. ¿Fue como lo he imaginado? —pregunto.

—Si respondiera a esa pregunta, ¿cómo podría divertirse la mente. ¿No es mejor imaginar, conjeturar, deducir...?

Sonrío yo esta vez. Creo que ahora sí estoy haciendo realmente uso de la “Facultad de la Imaginación”.

—Entonces, ¿qué eran las “cosas” que Nora encontró y envió a Roughead? ¿Qué secreto se ocultaba en ellas? ¿Qué descubriste?

La figura se diluye lentamente como el hielo que flota entre ambarinos reflejos entre mis manos. No oigo la respuesta.

—Espero que me visites cuando vengas a Saint Andrews.

—¿Pero te encontraré?

—Busca una cruz celta. Me encontrarás.

Y desaparece.

There are the facts (Andrew Lang)

Bibliografía. : El lector se aventuró en este misterio gracias a la información suministrada en la web de Alberto López Aroca y en la web www.Ihearofsherlock.com. La vida de Andrew Lang fue consultada en dos magníficas biografías en inglés: La primera, *Andrew Lang*, de Roger Lancelyn Green (1) su primer biógrafo, una completísima biografía dedicada a A. W. Mason (uno de los primeros grandes de la novela policial y amigo de Andrew Lang). La segunda, absolutamente fantástica también, *Andrew Lang. Late victorian humanist and journalistic critic*, de Marysa Demoor, profesora de la Universidad de Gante y especialista en literatura victoriana. Fantástica también la documentación que la Universidad de St. Andrews ofrece en su web (gracias a todo el equipo que la elabora), desde los manuscritos de la colección personal de Roger Lancelyn Green a la transcripción de las cartas que constituyeron la correspondencia de Andrew Lang a lo largo de su vida (alguna de ellas, he de decir, absolutamente reveladoras de su personalidad). Igualmente las referencias a los manuscritos de Lang en posesión de *The Lilly Library* de la Universidad de Indiana han sido fuente de inspiración (aunque puede que me lleven a nuevas líneas de investigación). Por último, y además de la consulta de numerosas obras de Lang, ha sido un placer la lectura de numerosos periódicos de la época conteniendo tanto las reseñas críticas y artículos del propio Andrew Lang como de sus detractores y admiradores. El más significativo para elaborar, por deducción, las conjeturas contenidas en este artículo fue *The Border Magazine*, repleto de personajes inexistentes y seudónimos tras los que, conforme a mis deducciones, se escondía la pluma de Andrew Lang.

(1) Roger Lancelyn Green, además de ser el primer biógrafo de Andrew Lang, el hombre que buceó en su vida y en su obra y recopiló toda la documentación personal de Lang que estuvo en su mano, fue además uno de los mayores expertos mundiales en la obra de Sir Arthur Conan Doyle y en el propio Sherlock Holmes. Su muerte es aun hoy día un misterio. Apareció muerto en 2004 en su cama en Londres junto a un gin-tonic y rodeado de ositos de peluche. Tenía el cuello rodeado por un cordón de zapato apretado con una cuchara. No pudo defender ante los tribunales su reclamación de que los 8.000 manuscritos de Conan Doyle (la mayoría inéditos) que subastó por aquel entonces la casa de subastas Christie pasara a la British Library y fueran de dominio público.

Juan Mari Barasorda (Bilbao, 1960). Abogado-economista. Funcionario desde hace mas de 5 lustros de la Administración vasca. Ha sido Vicegerente de RRHH en la Universidad del País Vasco y Director de RRHH de la Ertzaintza (policía autonómica). Sigue trabajando en la administración, leyendo novela policial (afición desarrollada desde su mas tierna infancia) y amenaza con escribir algún día una novela policiaca.